

Para más información :

<http://sites.google.com/site/asuncespa/asuncespa>

<http://www.assumptio.org/>

Venga Tu Reino IX

Comité de redacción: Noël Le Bousse, Marie-Bernard Kientz, Claude Maréchal,
Hervé Stéphan, Benoît Gschwind, asuncionistas.

Traducción: José Manuel Campos, antiguo de Elorrio.

Maquetación: Juan Antonio Sánchez, asuncionista.

Edita: Provincia de España de los Agustinos de la Asunción.

Coordinadora Laicos Amigos de la Asunción de España:

Julián Lucas Lázaro A. A. jll-rojas@hotmail.com
Sra. Cristina Moreno cris.ms@telefonica.net
Sr. Paco Rentero pacorentero@hotmail.com

Laicos Amigos de la Asunción Internacional:

Sra. Jimena García (América latina) jm_garcia16@hotmail.com
Sra. Marie-Pierre Girard (Francia) patrice.girard12@wanadoo.fr

Comunidades Asuncionistas en España:

Elorrio (Vizcaya)	94 682 0056
Dulce Nombre de María (Madrid)	91 551 90 12
Reina del Cielo (Madrid)	91 573 61 31
Leganés (Madrid)	91 694 73 85



Los **textos** más hermosos de san Agustín

Leganés, mayo de 2010

**El sonido de nuestras palabras
golpea los oídos;
el Señor está en el interior.
No penséis que un hombre
pueda aprender algo
de otro hombre.
Podemos instruiros
alborotando con nuestra voz;
si en vuestro interior
no hay nadie que os instruya,
todo el ruido que hagamos será inútil.**

San Agustín

*Homilias sobre la primera epístola
de san Juan*



Leer hoy en día a Agustín

Agustín no escribió ningún tratado de cristología; pero Cristo impregna su vida y sus obras. Su pensamiento sobre Cristo se refleja en toda su vida espiritual, en su experiencia personal y comunitaria de Cristo, en la conversión y en la liturgia. Incluso su conversión es litúrgica: se hizo bautizar, no siendo esto una formalidad de la época.

Para él, el cristianismo no es una religión del Libro; es la religión de Cristo, Verbo creador y salvador. Toda su actividad pastoral está en torno al misterio de Cristo; incluso las controversias son actos pastorales, originadas por los antagonismos religiosos a los que estaba sometida la cristiandad africana; y sus apuestas eran, por lo demás, cristológicas y litúrgicas.

Agustín no se dirige especialmente a una élite intelectual o espiritual, sino a todos los cristianos, al público en general, al pueblo de Dios. Filósofos, teólogos y teólogas, amigos de Agustín os deseo una provechosa lectura; pero no olvidéis al pueblo sencillo: Agustín se dirigía a ellos habitualmente.

Leer, leer sencillamente, no es simplista.

Padre Goulven Madec, asuncionista.

*“Leer hoy en día a san Agustín en filosofía y en teología”,
Publicado en: Chez Augustin, Institut d’études augustiniennes,
Paris, 1998, pp. 22 – 23.*

Platónicos

Agustín descubrió la doctrina platónica en Milán. *“Advertido quedé por estos libros de que debía entrar en mí mismo.”* (Confesiones VII, 10, 16). Vio bajo otro prisma la cuestión del mal, del alma y de Dios. Aunque estos filósofos, *“próximos a nosotros”* hayan descubierto la patria hacia la que hay que dirigirse, no han conocido el camino que les conduce hasta ella, el Verbo hecho carne. Pretenden conseguir la salvación por sus propios medios. Desprecian la gracia de Cristo. *“¿Por qué rechazáis el ser cristianos sino tan sólo porque Cristo vino humildemente, mientras que vosotros sois orgullosos?”* (Ciudad de Dios X, 29). Agustín interpela así a Porfirio, discípulo de Plotinio: *“Oh, si hubieses conocido la gracia de Dios a través de Jesucristo...”*

Vándalos

Población de origen germánico que atravesó el Rin en 406 y se estableció en el sur de España. A partir de 428, los vándalos alcanzaron África conducidos por su jefe Genserico. Ante el fracaso de la resistencia militar, Agustín aboga a favor de la resistencia espiritual pidiendo a los responsables de la Iglesia que no huyan ante el peligro: *“Cuando obispos, clérigos y laicos corren el mismo peligro, los que necesitan protección no deben ser abandonados por quienes se la pueden procurar.”* (Carta 228). Agustín muere a los tres meses del asedio de Hipona.

Agustín en el texto

Después de su conversión, Agustín (354-430) volvió a Tagaste, su país natal, decidido a vivir como un monje, sin más ambiciones que la búsqueda de Dios. Possidius, su primer biógrafo, resume así este “santo ocio” al que por entonces se entregaba: *“Lo que Dios le hacía comprender y le revelaba en su meditación y su oración le servía para enseñar a los presentes y a los ausentes, a los primeros por sus conversaciones, a los segundos por sus libros.”*

Ya no tenemos el privilegio de entablar conversación con él, ni de escuchar su voz. Nos quedan sus numerosos escritos, en los que casi siempre se reflejan los debates de aquella época en los que él estaba comprometido. Son “escritos ocasionales”, difíciles de comprender, a veces, dado que desconocemos el contexto. Además, son voluminosos y para leerlos en su integridad hay que dedicarles un tiempo considerable.

Así pues, hemos optado por proponer algunos extractos, situándolos brevemente en su contexto, cuando es necesario, e indicando su alcance espiritual. Son textos cortos pero muy sugerentes. Aunque pertenecen a diferentes períodos de la vida de Agustín y en ellos se reflejan las circunstancias en que fueron escritos, no por ello dejan de tener un interés permanente. Éste es el criterio que hemos seguido al realizar esta selección. Estos textos nos permitirán descubrir a Agustín, pero además nos ayudarán a establecer nuestro propio camino espiritual.

Están dispuestos siguiendo a la vez un orden cronológico y temático. En algunos casos, este orden era evidente. Es el caso de la sucesión cronológica: adhesión a la secta de los maniqueos, conversión, opción de la vida monástica. También en la serie de los tres temas estrechamente ligados: autoridad de la fe, Cristo, la Iglesia. A continuación se insertan temas de orden espiritual, menos ligados entre sí, como la búsqueda de Dios, la regla del amor, la amistad. Culminando todo ello en la celebración de la paz.

Lo importante en este recorrido, no es tanto escuchar la voz de Agustín, muda para siempre, como escuchar al Maestro interior, huésped permanente del corazón del hombre. De todos modos, la voz sólo puede emitir sonidos, pero siempre es el Verbo interior quien nos revela su significado. La voz puede avisarnos, sólo la Verdad instruye.

Marcel Neusch, asuncionista

La vida de Agustín: Puntos cronológicos de referencia.

354:

Nacimiento de Agustín el 13 de noviembre en Tagaste (Souk-Ahras, en Argelia), de Patricius y de Mónica.

366-369:

Estudios en Madaura, "esta ciudad en la que viví por primera vez fuera de mi casa para formarme en las letras" (Confesiones II, 3, 5).

369:

Año de ociosidad en Tagaste. "Me soltaban las riendas para la diversión" (Idem, II, 3, 8). Robo de las peras.

370-373:

Continuación de los estudios en Cartago. "Yo buscaba algo sobre lo que proyectar mi amor, en mi amor del amor." (Idem, III, I, I). Nacimiento de su hijo Adeodato (371-372), lectura del Hortensius, adhesión a la secta de los maniqueos.

373:

Profesor en Tagaste. Muerte de un amigo (Idem, IV, 4, 7).

374-383:

Profesor en Cartago. Redacción de una obra sobre la hermosura. (Idem, IV, 15, 24)

383-384: Estancia en Roma, donde esperaba encontrar estudiantes más tranquilos, pero que resultaron ser malos pagadores. (Idem, V, 8, 14)

Maniqueos

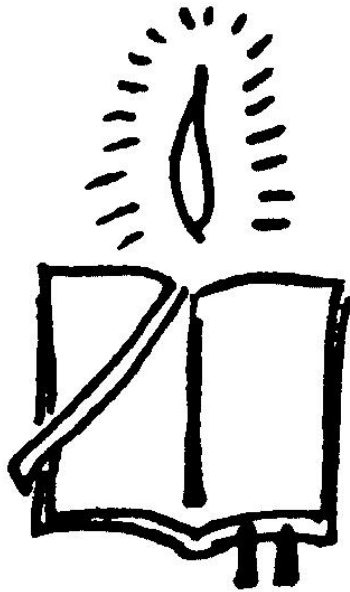
El maniqueísmo es ante todo un hombre: Mani. Nacido en Persia el 14 de abril de 216. Predica una doctrina dualista que se extiende por todo el imperio romano y más allá de sus fronteras. Fue perseguido y sufrió un horrible martirio; murió en 277. Agustín se dejó seducir por el maniqueísmo e incluso hizo proselitismo (Confesiones IV 1, 1). Lo que le sedujo fue la promesa de una verdad racional, según la cual no era necesario creer, particularmente sobre el asunto del mal. Los maniqueos, que identificaban a Mani con el paráclito prometido por Jesús, pretendían ser los "auténticos cristianos". Rechazaban el Antiguo Testamento, obra de un mal dios, y del Nuevo tan sólo aceptaban aquello que iba en la línea de su dualismo. Veneraban a Cristo como un profeta. A Agustín le costó nueve años deshacerse de esta secta.

Pelagianos

Pelagio nació en Islas Británicas en 350. Se estableció en Roma donde conoció el éxito como predicador. Con la caída de Roma en 410, llegó al norte de África con los refugiados. Agustín sospechó muy pronto de la doctrina que predicaba. Pelagio recurría a la libertad del hombre y por lo tanto a su capacidad para obtener la salvación, mientras que Agustín insiste sobre la miseria del hombre (pecado original) y en consecuencia sobre la necesidad de la gracia de Dios. Frente a Pelagio, para quien la figura de Cristo era inútil, Agustín se erige en defensor de la gracia, refiriéndose principalmente a san Pablo: "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te engrías como si no lo hubieras recibido?" (1ª Corintios 4, 7). Tanto Roma como los concilios de África condenaron a Pelagio y a sus discípulos.

Hortensius

El Hortensius, un libro (perdido) de Cicerón, figuraba en el programa del joven estudiante de Cartago que entonces tenía 19 años y se entusiasmó con su lectura. Se trataba de una “exhortación a la filosofía” (*Confesiones III, 4, 7*). “Este libro cambió mis sentimientos”, escribe, pero a pesar de ello le dejó insatisfecho. “Había algo que rompía el ímpetu de aquel entusiasmo: el nombre de Cristo no aparecía en él.” Buscando este nombre se acercó a una secta, el maniqueísmo, antes de convertirse a la fe católica.



384-387:

Profesor en Milán. Despide a su concubina. Escucha la predicación de Ambrosio. Lectura de los libros de los platónicos, luego de las epístolas de san Pablo, conversión (agosto 386) retiro en Cassiciaco donde lleva una vida “casi monástica”. Durante este tiempo redacta los Diálogos y los Soliloquios.

387:

Bautismo de Agustín, de su amigo Alipio y de su hijo Adeodato en la noche del 24 al 25 de abril de 387.

387-388:

Segunda estancia en Roma. Muerte de Mónica en Ostia (387). En Roma se informa sobre la vida monástica. Redacta Las costumbres de la Iglesia Católica. Vuelve de nuevo a África.

388-390:

Retiro en Tagaste. Muerte de Adeodato.

391:

Ordenación sacerdotal en Hipona (Hippo Regius), obispo “auxiliar” con Valerius (395), y obispo titular de Hipona en 396.

397:

Comienza la redacción de Las Confesiones.

403:

Concilio de Cartago. Agustín sale airoso de la emboscada que le tienden los donatistas.

407:

Comentario de la primera epístola de san Juan. “¡Ama, y haz lo que quieras!” Redacta La primera catequesis (406-412?)

410: *Invasión y saqueo de Roma por las tropas de Alarico (24 de agosto). Entre los romanos que se refugian en África se encuentra Pelagio.*

411:
Conferencia entre católicos y donatistas (del 1 al 8 de junio) con final favorable a los católicos. Un edicto de 412 condena a los donatistas.

413:
Comienza la redacción de La Ciudad de Dios.

416:
Concilios de Cartago y de Mileto que condenan a Celestino y a Pelagio.

418:
Concilio de Cartago sobre el pecado original y la necesidad de bautizar a los niños.

419:
Agustín da los últimos toques al tratado sobre la Trinidad. Numerosos escritos contra los pelagianos.

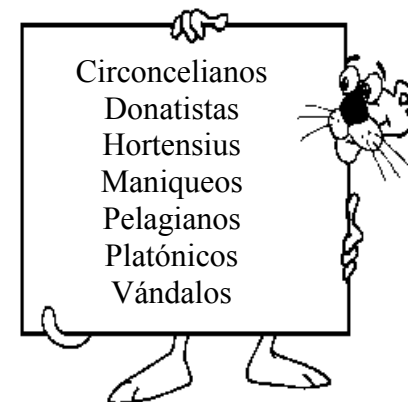
426:
Agustín organiza su propia sucesión proponiendo como candidato al sacerdote Heraclio, quien no será consagrado hasta después de su muerte. Comienza Las Revisiones.

430:
Agustín muere el 28 de agosto, en Hipona, cuando llevaban tres meses sitiados por los Vándalos.

Glosario agustiniano

Circoncelianos

En su origen, era un “proletariado agrícola” que reunía a los campesinos endeudados, sublevados contra los propietarios romanos, y que eran perseguidos por la ley. Sembraban el terror por todas partes y no dudaban en masacrar a sus adversarios. Según Agustín toman su nombre del hecho que merodeaban por los alrededores de las granjas (*cellae*) para saquearlas o incendiarlas. Se convirtieron en el brazo armado de los donatistas que recurrían a sus servicios en su lucha contra la Iglesia católica.

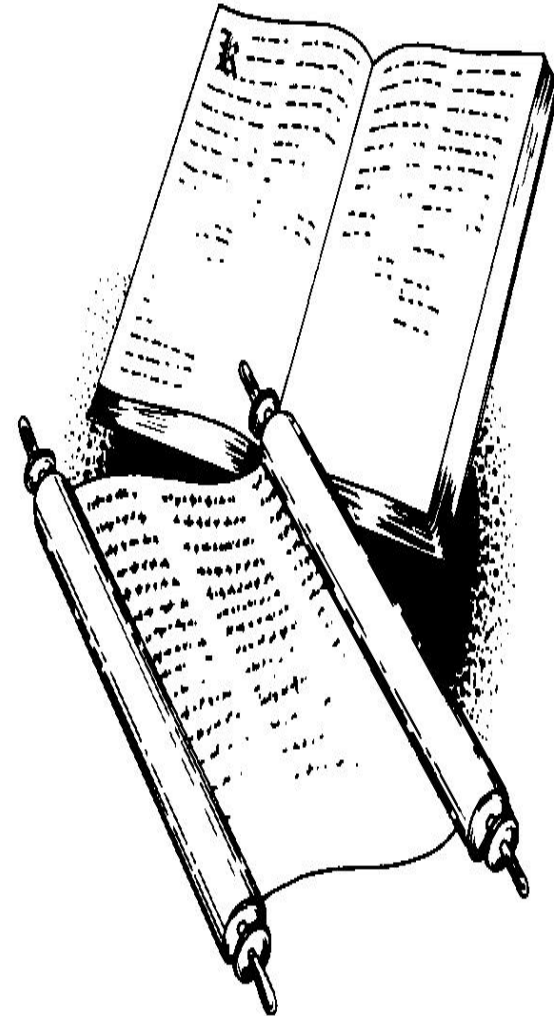


Donatistas

Con los donatistas, Agustín se encuentra con una vieja querrela de familia que dividía a la Iglesia en África del Norte desde la última gran persecución, la de Diocleciano en 303. El origen de esta división fue el rechazo de algunos a readmitir en la Iglesia a los “lapsi” que habían traicionado su fe. Les exigían someterse a un nuevo bautismo. Estos “re-bautizadores” no aceptaban convivir con los “lapsi” y formaron una Iglesia separada, “la Iglesia de los mártires” que Donato, obispo disidente (313 – 347), organizó e implantó en toda África. Agustín los denomina el partido de Donato y se consagró a eliminar este cisma.

La paz del cuerpo
es la coordinación armoniosa de sus partes.
La paz del alma sin razón
es la quietud reglada de sus apetitos.
La paz del alma razonable es la combinación ordenada del
pensamiento y de la acción.
La paz del alma y del cuerpo
es la vida y la salud bien ordenadas del ser animado.
La paz del hombre mortal con Dios
es la obediencia bien ordenada en la fe bajo la ley eterna.
La paz de los hombres,
es su concordia bien ordenada.
La paz de una casa
es la concordia bien ordenada de sus moradores en el
mandamiento de la obediencia.
La paz de la ciudad es la concordia bien ordenada de los
ciudadanos en el mandamiento de la obediencia.
La paz de la ciudad celeste es la comunidad perfectamente
ordenada y perfectamente armoniosa en el goce de Dios y
en el goce mutuo en Dios.
La paz de todo es la tranquilidad del orden.
El orden es la disposición de los seres iguales y desiguales
ocupando cada cual el lugar que le corresponde.

La Ciudad de Dios XIX, 13, 1



¡Qué tarde te amé, oh, hermosura!

En esta página de las confesiones, una de las más célebres, Agustín nos remite a su experiencia de Dios en el jardín de Milán, un Dios presente en el corazón del hombre: “Tú eras interior a mi más honda interioridad, y superior a todo cuanto había en mí de superior.” (III, 6, 11)

¡Qué tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, qué tarde te amé! ¡Tú estabas en mi interior y yo estaba fuera, y por fuera te buscaba; y contrahecho como era me abalanzaba sobre estas cosas hermosas que tú creaste! ¡Tú estabas conmigo pero yo no estaba contigo; me retenían lejos de ti cosas que no existirían si no existieran en ti!

Me llamaste, gritaste hasta romper finalmente mi sordera; con tu fulgor espléndido disipaste mi ceguera; tu fragancia penetró en mi respiración y ahora suspiro por ti; gusté tu sabor y por eso ahora tengo más hambre y más sed de ese gusto; me tocaste y tu tacto me llenó de pasión por tu paz.

Cuando consiga adherirme a ti con todas las fuerzas de mi ser ya no padeceré ni dolores ni esfuerzos desmesurados; y mi vida será ciertamente viva, llena de ti. Mas por ahora, como no estoy aún lleno de ti que aligeras la carga de aquellos a quienes llenas de ti, soy una pesada carga para mí mismo. Mis lamentables alegrías luchan con tristezas de las que debería alegrarme; y no sé de qué lado caerá la victoria. Mis malas tristezas se enfrentan con mis alegrías saludables y no sé cuál de ellas saldrá victoriosa.

¡Ay, desgraciado de mí! Ten, Señor piedad de mí.

¡Ay, desgraciado de mí! Bien ves que no escondo mis heridas: Tú eres el médico, yo el enfermo; Tú eres misericordioso, yo soy miserable.

Toda esta abundancia de palabras mediante las que no conseguimos llegar a Ti, cesarán cuando te hayamos alcanzado: únicamente Tú permanecerás en cada uno de nosotros (1ª Corintios 15, 28); y nosotros te alabaremos sin cesar siendo todos uno en Ti, Señor Dios solo y único, Dios Trinidad. Que los tuyos reconozcan cuanto he dicho en estos libros bajo tu inspiración y si algo tiene su origen en mí, perdonadme Tú y los tuyos. Amén.

La Trinidad XV, 28, 51

La carta de la paz

Entre las más célebres páginas de La Ciudad de Dios, encontramos estas diez definiciones de la paz: cinco para la paz individual; cinco para el aspecto social. Esta exposición se termina con una definición muy general: “La paz de todas las cosas, es la tranquilidad del orden.”

A poco que observemos las cosas humanas y nuestra común naturaleza hemos de reconocer que así como todos deseamos la alegría, no hay nadie que no ame la paz. Porque incluso quienes quieren la guerra lo único que desean es la victoria, por lo tanto, haciendo la guerra, aspiran a alcanzar una paz gloriosa. ¿Vencer no es acaso doblegar toda resistencia? Conseguido esto tendremos la paz. Así pues, se hacen las guerras para conseguir la paz, esto es válido incluso para quienes se ejercitan en las virtudes guerreras en el mando y en el combate. Por lo tanto queda claro que el objetivo de una guerra es la paz, pues todo hombre busca la paz incluso haciendo la guerra, y no hay nadie que busque la guerra haciendo la paz.

La Ciudad de Dios XIX, 12.

¡Que yo te busque siempre!

Al finalizar un paciente ejercicio de pensamiento para penetrar en la inteligencia de la fe en el Dios Trinidad, Agustín es consciente de estar aún lejos del cara a cara al que aspira. La renuncia, por cansancio, a esta búsqueda nos acecha.

En tu búsqueda, he seguido esta regla de fe en la medida en que tú me has dado la posibilidad de hacerlo; he deseado ver a través de la inteligencia aquello en lo que creía; he estudiado mucho y he sufrido mucho. ¡Señor, Dios mío, mi única esperanza, escúchame, no sea que por cansancio, deje de buscarte, haz, que por el contrario, siempre busque ardientemente tu rostro! (Salmo 104, 4) Dame fuerzas para seguir buscándote, Tú, que has hecho que yo te encuentre y me has dado la esperanza de acercarme cada vez más a ti. Ante ti están mi fuerza y mi debilidad, conserva la fuerza y cura la debilidad. Ante ti están mi ciencia y mi ignorancia: cuando desee entrar en lo que Tú me has abierto, acógeme; y en lo que aún permanece cerrado, ábreme cuando llame a la puerta. ¡Que yo te recuerde, que te comprenda, que te ame! Aumenta en mí estos tres dones, hasta que me hayas reformado por completo [...].

Librame Señor de la abundancia de palabras que sufro en el interior de mi alma, pues no es más que miseria ante ti, pero que se refugia en tu misericordia. Porque mi pensamiento no calla, aunque mi boca calle. Si al menos, no pensase más que en lo que te agrada, no te pediría que me librases de esta abundancia de palabras.

Muchos son mis pensamientos, como bien sabes, pensamientos vacíos porque son pensamientos de hombre. Ayúdame a no entretenerme en ellos, e incluso cuando pueda encontrar algún atractivo, ayúdame a desautorizarlos, y a no adormecerme en su contemplación. Que nunca tengan sobre mí tanto ascendente como para estar en el origen de parte de mis actividades; antes bien, que mi entendimiento permanezca a salvo frente a ellos y mi conciencia bajo tu protección [...]

¿Acaso no es tentación la vida del hombre sobre la tierra? [...] Toda mi esperanza está únicamente en tu inmensa misericordia. Dame lo que ordenas y ordena lo que quieras. [...] ¡Oh, Amor, que siempre ardes y nunca te apagas, ¡Enciéndeme, Dios mío que eres Amor!

Confesiones, X, 27,38-29, 40

Desprecio por la fe católica

En busca de la sabiduría, a la edad de 19 años, Agustín se deja seducir por la secta de los maniqueos que le prometen explicarlo todo por la razón, sin necesidad de recurrir a la fe, como hacen los católicos. Agustín se deja seducir y arrastra con él a varios de sus amigos..

Pretendo demostrarte, si soy capaz de ello, la impía temeridad de los maniqueos, cuando dirigen sus ataques contra quienes, dóciles a la autoridad de la fe católica, empiezan por creer para fortificarse y prepararse a la iluminación divina, antes de poder contemplar esta verdad que sólo el pensamiento percibe.

Bien lo sabes, Honorato: si hemos caído en manos de estos hombres [*los maniqueos*], ha sido tan sólo por su pretensión de dejar de lado la disciplina de la autoridad y, basándose simplemente en la razón, acercar a Dios y librar de todo error a quienes aceptasen sus propuestas.

¿Por qué motivo desprecié, durante casi nueve años, la religión que mis padres habían implantado en mí desde mi niñez y seguí ciegamente a aquellos hombres, si no es por que afirmaban que estábamos poseídos por un miedo supersticioso y que se nos imponía creer antes de reflexionar, mientras que ellos no presionaban a nadie para que creyesen sin antes haber desentrañado y clarificado la verdad?

¿A quién no hubieran seducido estas promesas, y más aún a un joven apasionado por la verdad y a quien las conversaciones con ciertas personas cultivadas le volvieron orgulloso y elocuente? Así era yo cuando topé con ellos, lleno de desprecio por lo que me parecía cuentos de viejas, deseoso de poseer y saciarme de la verdad en toda su desnudez, tal como me habían prometido.

Antes bien, ¿qué me retenía y me impedía adherirme definitivamente a ellos, quedándome en lo que llamaban “el nivel de los Oyentes”, sin renunciar a las esperanzas y asuntos de este mundo? No podía ser otra cosa que el hecho de que, a ellos también, yo los veía más hábiles y diligentes refutando a los demás que probando con solvencia sus propias ideas.

¿Pero para qué seguir hablando de mí que ya era cristiano y católico? [...] Tú, que no eres aún cristiano y que siguiendo mi consejo, a pesar de una fuerte aversión hacia los cristianos, has reconocido a duras penas que, al menos, merecían que les escuchases y examinases sus ideas, recuerda, te lo ruego, que te dejaste enredar por la promesa, llena de suficiencia, de explicarlo todo a través de la razón.



Así pues, hermanos, ¿queréis verdaderamente instruiros? ¿No habéis escuchado todos este sermón? ¿Cuántos saldrán de aquí si haber aprendido nada?

Por lo que me concierne, he hablado para todos, pero aquellos que no reciben estas palabras en su interior, aquellos a quienes el Espíritu Santo no instruye desde el interior, se vuelven a casa sin haber aprendido nada. La enseñanza desde el exterior es como una instrucción o una ayuda; el que instruye los corazones habla desde el cielo. Por eso dice Él mismo en el Evangelio: “*No os hagáis llamar maestros en la tierra, sólo Cristo es vuestro Maestro*” (Mateo 23, 8 – 10)

Que sea Él quien habla en vuestro interior, puesto que ningún hombre puede hacerlo, incluso si alguien está a tu lado, nadie puede estar en tu corazón. ¡Qué digo! ¡Que tu corazón no esté vacío de toda presencia! ¡Que Cristo permanezca en tu corazón! ¡Que su unción esté en tu corazón, para que este corazón sediento no permanezca en la soledad y privado de las fuentes en las que puede saciar su sed.

Así pues, el Maestro que enseña está en el interior; es Cristo quien enseña; es su inspiración quien enseña. Cuando en el interior no existe ni unción ni inspiración, nuestras palabras suenan inútilmente en el exterior. Nuestras palabras suenan en el exterior, hermanos, y son como los cuidados que el agricultor prodiga al árbol. El hombre trabaja en el exterior; echa agua y pone todo su interés en el cultivo. ¿Por muchos cuidados que prodigue al árbol, acaso es él quien forma los frutos? ¿Es él quien hace brotar las hojas? ¿Hace algo de todo esto en el interior?

*Homilias sobre la primera epístola
De san Juan III, 13*

Dicho esto, es bueno y útil entregarnos prolongadamente a la oración, siempre que las buenas acciones y nuestras obligaciones nos lo permitan, aunque, incluso cuando estamos ocupados, debemos estar orando con este deseo que he mencionado. Porque orar prolongadamente no es, como algunos piensan, perderse en muchas palabras. Una cosa es un largo discurso y otra muy diferente un sentimiento permanente del corazón. Se dice que el Señor también pasó la noche en oración (Lucas 6, 12). De este modo quiso darnos ejemplo, orando en momento oportuno, atendiendo las preces junto con el Padre en la eternidad.

*Carta 130 a Proba.
La oración en el África cristiana,
Por A.G. Hamman y Martín Steiner. DDB,
1982, p. 115 y siguientes.*

A la escucha del Maestro interior

En el exterior, Dios advierte, en el interior, instruye. Agustín escribe a la joven Florentina: “No te quepa la menor duda de que, aunque a través de mis enseñanzas y de una manera saludable, puedas aprender algo, tu verdadero Maestro será siempre el Maestro interior del hombre interior” (Carta 266).

Esto, hermanos míos, es un gran misterio. El sonido de nuestras palabras golpea los oídos; el maestro está en el interior. No penséis que un hombre pueda aprender algo de otro hombre. Podemos alertarnos con el alboroto de nuestras voces; si no hay alguien en vuestro interior para instruirnos, todo este ruido es inútil.

Para comprender hay que creer

Mientras que los maniqueos pretendían dispensarle de creer, Agustín considera que la previa adhesión a la autoridad de la palabra de Dios es el paso obligado para alcanzar la comprensión de Dios y del hombre.

Y ahora redoblad vuestra atención. Todo hombre quiere comprender; no hay nadie que no tenga este deseo. Pero no todos queremos creer. Me dicen: “*Quiero comprender para creer.*” Y yo contesto: “*Cree para comprender.*” Nuestras discusiones giran en torno a este tema: “*Quiero comprender antes de creer*”, dice mi adversario; *Cree primero y luego comprenderás*”, le respondo. Designemos un juez que zanje el debate. Y el mejor juez que se me ocurre es aquel a quien Dios ha elegido como intérprete. Tratándose de esta cuestión y de un debate de esta naturaleza, los literatos no tienen nada que hacer; no es un poeta quien debe ser juez entre nosotros sino un profeta [...]

Tú decías: *Necesito comprender para creer*”; y yo te contestaba: “*Para comprender, antes debes creer.*” Ya está entablada la discusión; acudamos al juez; que el profeta resuelva o más bien que sea Dios quien resuelva a través de su profeta. Permanezcamos ambos en silencio. Ya ha oído nuestras opiniones opuestas; Tú dices: “*quiero comprender para creer*”; y yo te he dicho: “*cree para comprender*”, y el profeta contesta: “*Si no creéis, no comprenderéis.*” (Is. 7,9) [...]

Por consiguiente, queridos hermanos, este hombre a quien he tomado como adversario y con quien he entablado una discusión que hemos llevado al tribunal del profeta, no está completamente equivocado al querer comprender antes de creer. Yo que os estoy hablando, lo hago para atraer a la fe a quienes aún no creen. Por tanto, en cierto modo, este hombre tenía razón cuando decía: *“Quiero comprender para creer”*; y yo también tengo razón cuando afirmo con el profeta: *“Cree primero para comprender.”* Puesto que ambos tenemos razón, estrechémonos la mano; comprende pues para creer y cree para comprender. En pocas palabras, así es como podemos aceptar estas dos afirmaciones: comprende mi palabra para que puedas creer, y cree en la palabra de Dios para que puedas comprenderla.

*Sermón 43 en
Los Sermones más Hermosos de san Agustín,
Reunidos y traducidos por Georges Humeau,
t. I, p. 181-189. EA, 1986.*

Tras la muerte de un amigo

San Agustín cultivó la amistad durante toda su vida sabiendo cuán frágil es. Escribirá: “En todas las cosas humanas, no hay nada amigable para el hombre, sin un hombre que sea su amigo. ¡Pero qué raro es encontrar un amigo con quien uno pueda contar con total seguridad!” (Carta 130 a Proba)

Alguien dijo de su amigo, y con razón: es la mitad de mi alma. Pues yo mismo sentía que mi alma y la suya habían sido una sola en dos cuerpos. Por eso me horrorizaba la vida: yo no quería vivir sin la otra mitad de mí mismo; quizá por eso temía a la muerte, pues me negaba a que muriera del todo aquél a quien yo había querido tanto. [...]

En verdad, ¿por qué este dolor había penetrado tan fácilmente hasta lo más profundo de mí mismo, sino porque yo había derramado mi alma sobre la arena, al amar a un ser mortal como si nunca hubiere de morir? Lo que por encima de todo me consolaba y reconfortaba

La oración, escuela del deseo

La carta 130 que Agustín destinó a Proba, rica dama romana, trata de la oración de súplica. Si hemos de orar, no es para informar a Dios de nuestros deseos, que, por otra parte, le son de sobra conocidos, sino para crear en nosotros el deseo de Dios.

Aquel que sabe dar cosas buenas a sus hijos es quien nos obliga a pedir, a buscar, a llamar a la puerta (Lucas 11, 9 -13). ¿Por qué Dios actúa de este modo si conoce con antelación nuestras necesidades, sin que nosotros se lo pidamos? Esta actitud podría inquietarnos si no comprendiésemos que, ciertamente, el Señor nuestro Dios no necesita que le expresemos nuestra voluntad pues no la puede ignorar. Quiere que por medio de la oración deseemos ardientemente ser capaces de recibir lo que nos tiene preparado. Pero lo que nos tiene preparado es algo muy grande, y nosotros somos pequeños y cortos de miras para recibirlo. Por eso se dijo: *“Dilatad también vuestro corazón; no os mezcléis con los paganos”*. (2ª Corintios 6, 13 – 14)

Sí, es algo muy grande, que el ojo nunca vio porque no tiene color, que el hombre nunca oyó porque no tiene sonido; que no se ha acercado al corazón del hombre porque es el corazón del hombre quien debe subir hacia ello. (1ª Corintios 2, 9) Seremos tanto más capaces de recibirlo cuanto mayor sea nuestra fe, más firme nuestra esperanza y más ardiente nuestro deseo. Así pues, un constante deseo forjado en la fe, en la esperanza y en la caridad, es un estado continuo de oración. Sin embargo, oramos a Dios verbalmente en momentos bien determinados para recordarnos y comprobar nosotros mismos, por medio de estos signos concretos, los progresos que hemos hecho en el deseo y estimularnos para que este deseo sea cada vez más ardiente [...].

¡Volved a vuestro corazón!

Al inicio de las Confesiones, Agustín escribe: “¡Nuestro corazón no tiene reposo hasta que lo encuentra en ti!” Encontramos a Cristo, que vino aquí abajo, en el corazón del hombre.

Si te agradan los cuerpos, alaba por ello a Dios, y vuelca tu amor en su Artífice, no sea que en lo que a ti te agrada a Él le desagrade. Si te agradan las almas, ámalas en Dios, pues también ellas están sujetas a variaciones, pero enfocadas a Él permanecen estables: de otro modo pasarían y perecerían. ¡Así pues, han de ser amadas en Dios! Lleva hacia Él todas las que puedas y diles: sólo a Él debemos amar: Él lo hizo todo, y no se encuentra lejos. Pues no hizo las cosas para luego abandonarlas, sino que teniendo en Él su origen, permanecen en Él. ¿Dónde está? ¿Dónde se saborea la verdad? Está en lo más íntimo del corazón, pero sus corazones se han alejado de Él. Prevaricadores, retornad a vuestro corazón, y abrazad allí a quien os creó. Sed estables con Él y así permaneceréis estables, descansad en Él y vuestro descanso será auténtico [...] El reposo no está donde vosotros lo buscáis. Buscad la paz que deseáis, ¡pero no está donde vosotros la buscáis! Buscáis la vida feliz en los dominios de la muerte. Allí no está. ¿Cómo podría existir vida feliz donde ni siquiera hay vida? Él, que es nuestra vida, ha descendido aquí abajo y se ha llevado nuestra muerte, la ha matado con su vida desbordante, nos llamó con voz poderosa para que volviésemos a Él, al secreto recinto desde donde vino a nosotros, el seno virginal donde la criatura humana, carne mortal, le desposó para nunca más ser mortal. [...]

Desapareció de nuestra vista para que lo buscásemos en nuestro corazón y allí le encontrásemos. Ciertamente, se fue, pero sigue aquí. No quiso permanecer mucho tiempo con nosotros, pero no nos ha dejado, pues se ha ido al lugar del que nunca estuvo alejado [...]

Confesiones IV, 12,18 – 19.

era la compañía de otros amigos con los cuales amaba yo lo que amaba en lugar tuyo. Esto era una enorme fábula y una larga mentira con cuyo contacto adulterino se corrompía nuestra mente que sentía prurito por oírlas. Pero esta ficción no se moría en mí, aunque uno de mis amigos acabase de morir.

En estas amistades había otras cosas que cautivaban mi ánimo: conversar y reír juntos, tener detalles los unos para con los otros, leer en compañía libros agradables y bien escritos, disfrutar de momentos distendidos y de momentos serios, disentir a veces sin animadversión, como cuando uno discute consigo mismo, y servirnos de esos raros desacuerdos para condimentar una estable concordia, enseñarnos algo unos a otros o aprender algo unos de otros. Echar de menos a los ausentes con dolor, recibir con alegría a los recién llegados. Con estas y otras expresiones de afecto que brotan del corazón de quienes se aman y se ayudan mutuamente y que se manifiestan a través de la expresión del rostro, por medio de la palabra, por la mirada y por mil otros detalles gratuitos, las almas se funden como los alimentos puestos al fuego haciéndose de muchas una sola.

Esto es lo que se ama en los amigos, y se ama hasta tal punto que el hombre se siente culpable cuando no se corresponde al amor con amor, sin requerir del cuerpo del ser amado otra cosa que muestras de afecto. Y de ahí este luto, cuando un amigo muere, de ahí la soledad del sufrimiento y el corazón debilitado por una apacibilidad tornada en amargura, y la vida perdida de los que mueren es muerte para los que siguen viviendo.

¡Dichoso quien te ama y ama en ti a su amigo y a su enemigo a causa de ti! Así pues el único que no pierde a ningún ser querido es quien los ama en Aquel que nunca se pierde [...]

Confesiones IV, 6, 10-11, 15

El enigma del mal

Los maniqueos decían que el mal era una substancia que contaminaba la naturaleza humana desde el exterior sin que el hombre tuviera nada que ver. Escuchando los sermones de Ambrosio, Agustín cae en la cuenta de que el mal tiene que ver con la responsabilidad del hombre. Es un elemento de base de la conciencia. Queda aún el enigma del mal al que estamos sometidos. Agustín no llega a despejar el último interrogante.

Prestaba toda mi atención para captar lo que oía [*escuchando a Ambrosio*], que el libre albedrío de la voluntad del hombre es el origen de todo el mal que hacemos, y la rectitud de tus juicios es por ello la causa de nuestro sufrimiento; y yo no conseguía verlo con claridad. Por tanto, cuanto más me esforzaba por sacar a mi alma de este abismo, más me hundía en él.

Tan sólo una cosa me elevaba hacia tu luz: era tan consciente de tener una voluntad como de que estaba vivo. Así pues, cuando deseaba algo o cuando no lo deseaba, era ciertamente yo quien lo deseaba o no lo deseaba; y caía en la cuenta de que la causa de mi pecado estaba en mí.

Pero cuando actuaba contra mi voluntad, me daba cuenta de que mi acción se tornaba en sufrimiento; y comprendía que esto no era una falta si no un castigo. Y no era injusto que yo fuese castigado, puesto que no dudaba de tu justicia, y lo admitía sin dolor.

Pero volvía a pensar: “¿quién me hizo? ¿Acaso no fue Dios, que no solamente es bueno, si no que es el bien mismo? ¿Pues entonces, de dónde me viene el desear el mal y no desear el bien? ¿Puede ser por provocar un castigo que sufro justamente? Si me hizo un Dios que es todo dulzura ¿Quién ha puesto en mí este semillero de amargura? ¿Si el causante fue el diablo, de dónde procede el propio diablo? Y si el

espíritu. Pues el alma busca algo que sea Dios y de quien no se le pueda decir insolentemente: “¿Dónde está tu Dios?” Busca una verdad inmutable, una sustancia indefectible, pero nuestra alma no es tal cosa [...].

Así pues buscando a mi Dios en las cosas visibles y corporales, no hay manera de encontrarlo. Buscando, también en mí, su sustancia, como si fuera de la misma naturaleza que yo y constatando que ahí tampoco se encuentra, presiento que mi Dios es superior a mi alma. Por lo tanto a fin de alcanzarlo: “*He meditado todas estas cosas y he derramado mi alma sobre mí mismo.*” (Salmo 41, 5) ¿Cuándo podrá mi espíritu alcanzar lo que hay que buscar en las regiones superiores, si no se eleva por encima de sí mismo? Permaneciendo en sí mismo, no vería nada más que a él mismo; y viéndose, no podría en modo alguno ver a Dios. Que aquellos que me insultaban me pregunten ahora: “¿Dónde está tu Dios?” sí, que lo pregunten. En cuanto a mí, mientras esté en esta ceguera, mientras permanezca alejado, me alimento a diario de mis lágrimas. Que me sigan diciendo: “¿Dónde está tu Dios?”; le busco en todos los cuerpos tanto terrestres como celestes, y no lo encuentro; le busco en la sustancia de mi alma y allí tampoco le encuentro.

Y no obstante, estoy resuelto a buscar a mi Dios y a comprender a través de las criaturas visibles la hermosura invisible de Dios; y “he derramado mi alma sobre mí mismo”; ya no me queda otra cosa que alcanzar que no sea mi Dios. Ahí, por encima de mi alma está la morada de mi Dios; ahí es donde habita, desde allí me contempla, desde allí me creó, desde allí me dirige, me aconseja, me estimula, desde allí me llama, me corrige, me guía, me hace alcanzar mi objetivo.

Discurso sobre los salmos: Salmo 41, 7 – 8

¿Dónde está tu Dios?

En su búsqueda de Dios, Agustín establece siempre tres niveles: en primer lugar interroga al mundo exterior, sensible, luego la interioridad espiritual (los " vastos palacios de la memoria"), y desde aquí se eleva hacia lo que hay por encima de ella. Este comentario refleja la experiencia de Ostia ((Confesiones IX, 10, 23).

A fuerza de escuchar a diario: "¿Dónde está tu Dios?" y de alimentarme todos los días con mis lágrimas he meditado día y noche sobre estas palabras: "¿Dónde está tu Dios?" y me puse a la búsqueda de mi Dios, intentando conseguir, en la medida de lo posible, no únicamente creer sino incluso llegar a ver algo. En efecto, veo las obras de Dios, pero no veo al Dios que las ha hecho [...]. Contemplo la tierra; pero la tierra ha sido hecha. Encuentro en ella una belleza admirable; pero tiene un hacedor [...]. Todo esto que nos cautiva es admirable, digno de elogios [...]. Admiro y canto a todo esto, pero sigo teniendo sed de quien lo ha hecho.

En mi interior yo me pregunto qué soy, yo que deseo profundizar en todo esto: constato que tengo un alma y un cuerpo: un cuerpo que yo dirijo y un alma que me conduce [...].

¿Pero Dios es algo semejante a nuestra alma? Sin lugar a dudas, Dios sólo puede ser visto desde el espíritu, pero no a la manera que lo ve el



diablo, como ángel descarriado, se convirtió en demonio ¿De dónde le vino también a él esta voluntad que lo transformó en demonio habiendo sido, todo él, creado ángel por la bondadosa mano de Dios?"

Todos estos pensamientos me abatían y me ahogaban de nuevo.

Confesiones VII, 3, 5.

Toma y lee, toma y lee

Convencido por la verdad católica, Agustín, duda ante la evidente elección, está dividido entre dos voluntades que desgarran su corazón, "una antigua, nueva la otra, carnal la primera, espiritual la segunda" (Confesiones VIII, 5,10).

Este debate que se desarrollaba en mi corazón no era sino una lucha contra mí mismo. Mientras duró esta agitación sin precedentes, Alipio, que esperaba en silencio el desenlace, no se separó de mi lado [...]. Necesitaba permanecer en soledad para dar rienda suelta a mis lágrimas. Así pues, me alejé para estar más retirado, me aparté de Alipio cuya presencia incluso me resultaba un estorbo. Lo entendió [...]. Y lloré amargamente desde lo más hondo de mi corazón destrozado.

Y, en esto, oí una voz de niño o de niña, no lo sé, que desde una casa vecina decía y repetía cantando: "¡Toma y lee! ¡Toma y lee!" De repente me cambió el rostro, con mucha atención busqué en mi memoria si en algún juego infantil había oído aquel estribillo. No recordaba haberlo escuchado en ninguna ocasión. Reprimí el flujo de mis lágrimas y me levanté convencido de que en esas palabras estaba recibiendo un mensaje divino que me instaba a abrir el libro y leer lo primero que cayese ante mis ojos [...].

Volví muy deprisa al lugar en que Alipio permanecía sentado; efectivamente, allí había dejado yo el libro del Apóstol hacía un rato cuando me levanté. Lo cogí, lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se presentó ante mi vista: “*No andéis en orgías ni borracheras; no en prostíbulos ni en la impudicia; no en disputas ni envidias; al contrario, revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no os dejéis llevar de las concupiscencias de la carne*” (Romanos, 13, 13). No quise leer más, no era necesario. En efecto, en aquel mismo instante, con las últimas palabras de este pensamiento, una luz segurísima inundó mi corazón y disipando todas las tinieblas de mi duda [...].

Me convertiste a ti de tal manera que ya no busqué ni esposa ni nada de lo que se espera en este mundo. Y estuve de pie en aquella regla de fe que le habías revelado [*a Mónica*] muchos años antes. Y convertiste su duelo en alegría, una alegría mucho mayor de lo que ella hubiera deseado y mucho más tierna y más pura que la que ella esperaba de los nietos nacidos de mi carne.

Confesiones VIII, 12, 28-30



Dios testigo de su conciencia. Una, en su gloria, yergue la cabeza; la otra dice a su Dios: “*Tú eres mi gloria y Tú yergues mi cabeza.*” (Salmo 3, 4). Una, tanto en sus jefes como en las naciones a las que somete, está dominada por la pasión de subyugar; en la otra nos ayudamos unos a otros por amor, los jefes en su función de dirigir, los súbditos obedeciendo. Una ama su propia fuerza en sus dueños; la otra dice a su Dios: “*Te amaré, Señor, Tú eres mi fuerza*” (Salmo 17, 2)

Por lo tanto, en una de ellas, los prudentes que vivían según el hombre han buscado los bienes del cuerpo o del alma o ambos a la vez; y quienes pudieron conocer a Dios no lo han glorificado como Dios ni se han mostrado agradecidos. Sino que, por el contrario, se han perdido en sus vanos razonamientos y su insensato corazón se ha sumido en las tinieblas; diciendo ser sabios [*es decir vanagloriándose en su sabiduría atenazados por el orgullo*], se hicieron necios: han trocado la gloria del Dios incorruptible por la imagen del hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles [*puesto que han arrastrado a la gente a adorar a tales ídolos o han seguido el ejemplo de otros pueblos*]; y han rendido culto a la criatura en vez de al Creador, el cual es bendito por los siglos. (Romanos 1, 21 – 24)

En la otra, por el contrario, no existe más que una sabiduría, la devoción que devuelve al verdadero Dios el culto que le es debido, y que espera como recompensa estar en la sociedad de los santos, hombres y ángeles y que Dios sea todo en todos. (Romanos 1, 25)

La Ciudad de Dios, XIV, 28

De manera definitiva éste es el sencillo precepto que te damos: “¡Ama y haz lo que quieras!” [*¡dilige et quod vis fac!*] Si te callas, lo haces por amor; si gritas, gritas por amor; si corriges, lo haces por amor; si actúas con indulgencia, también te mueve el amor. Dentro de él se encuentra la raíz de la caridad. De esta raíz sólo pueden salir cosas buenas.

*Homilias sobre la primera epístola
De san Juan VII, 7 – 8*

Dos amores levantaron dos ciudades

Tras la caída de Roma, en 410, Agustín, obligado a defender la fe cristiana, evidencia los fundamentos espirituales de cada una de las dos ciudades, la ciudad terrestre, perecedera, y la ciudad de Dios, la única que garantiza la vida eterna.

En realidad, en este mundo, ambas ciudades se enredan y entremezclan entre sí, hasta el día en que el juicio final las separe. Así pues, en la medida en que la gracia divina me ayude, voy a exponer lo que estimo que debo decir sobre su origen, su desarrollo y el final que les espera. Así serviré a la gloria de la ciudad de Dios que, comparada con la otra, destacará con un vivo resplandor. (CD I, 35).

Dos amores levantaron dos ciudades: El amor de sí mismo hasta despreciar a Dios, la ciudad terrestre, el amor de Dios hasta despreciarse a sí mismo, la ciudad celeste.

La primera se glorifica en sí misma, la segunda en el Señor. Una pide su gloria a los hombres; La otra, al contrario, tiene su mayor gloria en

Mis compañeros de pobreza

Tras su conversión, Agustín se decidió por la vida monástica, atrayendo a compañeros decididos a vivir “juntos bajo un mismo techo, con una sola alma y un solo corazón vueltos hacia Dios” (Regla).

Temía tanto ser nombrado obispo, dado que mi fama empezaba a tener cierta importancia entre los siervos de Dios, que no acudía a las ciudades cuya sede episcopal estaba vacante. Y suplicaba a Dios con todas mis fuerzas para que me permitiese permanecer en mi humilde condición y no me expusiese a una dignidad tan elevada. Pero, como ya he dicho anteriormente, el siervo no debe contradecir a su señor.

Vine a esta ciudad [*Hipona*] para visitar a un amigo a quien esperaba poder acercar a Dios y llevarlo conmigo al monasterio. Yo estaba tranquilo pues en esta ciudad había un obispo. Me retuvieron y me ordenaron sacerdote y a partir de esta situación llegué al episcopado. No traje nada, llegué a esta iglesia con lo puesto. Y puesto que me disponía a vivir en el monasterio con mis hermanos, el venerable Valerio, de feliz recuerdo, al conocer mi proyecto y mi decisión, me donó este jardín donde actualmente se encuentra el monasterio. Comencé a reunir hermanos decididos a comprometerse, mis compañeros de pobreza que, como yo, no poseerían nada y estuviesen dispuestos a imitarme. Yo había vendido mis escasas pertenencias y distribuido el dinero entre los pobres. Esto mismo pedía a quienes quisieran unirse a mí para vivir en comunidad. Tendríamos en común una gran hacienda desbordante de abundancia, Dios mismo.

Accedí al episcopado y me di cuenta que era necesario que el obispo pudiese dar hospitalidad a quienes iban y venían; si el obispo no lo hiciese, sería considerado poco hospitalario. Pero hubiese sido inadecuado introducir esta costumbre en el monasterio. Y quise tener en esta “casa de obispo” un monasterio de clérigos.

Y así vivimos. No se permite que ningún miembro de la comunidad tenga posesiones propias [...]. Nadie está autorizado a ello, si hay quien posea algo, está haciendo lo que no está permitido. Tengo en buena opinión a mis hermanos, y gozan de toda mi confianza, por lo que jamás se me ocurrió investigar sobre este tema, de haberlo hecho, demostraría tener una gran desconfianza hacia ellos. Sé que quienes deciden vivir conmigo conocen nuestro compromiso y nuestra norma de vida.

Sermón 355, 2 .

¡Todo hombre aspira a ser feliz!

¿Cómo definir la felicidad? Si bien todos los hombres quieren ser felices, disienten sobre la naturaleza de la felicidad. Ni los militares de profesión, ni los abogados o los jueces ni los marinos o agricultores ni cualquier otra profesión es deseable hasta el punto de identificarse con una vida feliz. La vida no es auténticamente feliz mientras no es eterna. La felicidad, para ser completa, necesita ser eterna.

Todo hombre, sea quien fuere, aspira a ser feliz. No hay nadie que no desee ser feliz y serlo por encima de todo. Iré más lejos, cualquier otra cosa que deseemos está orientada a alcanzar la felicidad. Los hombres se dejan llevar por pasiones diversas; a uno le atrae una cosa y otro se inclina por otra diferente; en el género humano hay muchos estados diferentes, y entre todos ellos cada uno adopta el que más le atrae; pero sea cual fuere el estado de vida que escogemos, no hay nadie que no quiera ser feliz.

Ama y haz lo que quieras

La moral de Agustín se resume en estas célebres palabras, pero hay que interpretarlas correctamente. Se trata de la “dilectio”: un amor desinteresado, con el que Dios nos ha amado y “nada puede salir de él que no sea bueno”.

El Padre entregó a Cristo y también Judas lo entregó. ¿Podrían parecer idénticas ambas conductas? Judas es un traidor, ¿entonces, también el Padre es un traidor? “¡Es impensable!”, dices [...] El Padre entregó a su Hijo; el Hijo se entregó; Judas lo entregó. Es la misma acción, ¿pero qué es lo que nos permite distinguirlas? [...]. La diferencia está en que el Padre y el Hijo actuaron por amor; pero Judas lo hizo por traición. Así pues, en los actos de los hombres hay que tener en cuenta, no el acto en sí, sino el espíritu, la intención con la que lo realiza [...]. ¡Ahí reside la fuerza de la caridad! La caridad se basta para marcar la diferencia; daos cuenta que ella sola diferencia las acciones humanas unas de otras. [...].

¿Hemos hablado de actos semejantes? En actuaciones diferentes, descubrimos que un hombre puede llegar a padecer por amor y a acariciar por malicia. El padre golpea a su hijo y el traficante de esclavos acaricia a su esclavo. ¿Si damos a elegir entre los golpes y las caricias, quién no escogería éstas y huiría de aquellos? Si consideras el papel que desempeña cada una de estas actuaciones, la caridad golpea y la iniquidad acaricia.

Llamamos vuestra atención sobre este punto: Lo que distingue unas de otras a las acciones humanas es su relación con la raíz de caridad. Porque podemos llevar a cabo muchas acciones que son aparentemente buenas pero no provienen de la raíz de la caridad. También los espinos tienen flores. Hay cosas que parecen duras, dolorosas, pero las hacemos para corregir, movidos por la caridad.

En todo caso, ahora todo está claro según lo que él dice: El que no obra la justicia, dice, no es de Dios, ni el que no ama a su hermano. (1ª carta de Juan 3, 10) Así pues el amor es lo que diferencia a los hijos de Dios de los hijos del diablo. Aunque todos se santigüen con el signo de la cruz de Cristo; aunque todos respondan: “Amén”; que canten todos : “Alleluia”; que todos se bauticen; que entren en las iglesias; que se aglomeren en el interior de las basílicas: los hijos de Dios sólo se distinguen de los hijos del diablo por el amor. Quienes tienen el amor vienen de Dios; los que no lo tienen, no vienen de Dios.

Hacer este juicio es grave; la discriminación que se opera es grave. Tengas lo que tengas, si te falta el amor, cuanto posees no te sirve para nada. Pero si no tienes nada y posees el amor has cumplido la Ley. Porque, como dice el Apóstol, el que ama al prójimo cumple la Ley, y la plenitud de la Ley es el amor (Romanos, 13, 8 -10). Ésta es, pienso, la perla que buscaba el mercader que nos describe el Evangelio: encontró una sola perla y vendió cuanto poseía para adquirirla. ¿Esta perla tan valiosa, sin la que todos los bienes que posees no sirven para nada, es el amor? Aunque no tengas otra cosa, ella te basta.

Ahora ves mediante la fe; el día del juicio, lo verás cara a cara. ¡Si amamos ahora que no vemos, con qué complacencia acogeremos a Dios cuando lo veamos! ¿Pero cómo podemos ejercitarnos? En el amor para con nuestros hermanos. Puedes decirme: “No he visto a Dios.” Pero, ¿puedes decirme: “No he visto a ningún hombre?” Ama a tu hermano. Si, en efecto, amas a tu hermano a quien puedes ver, al mismo tiempo verás a Dios puesto que estás viendo el amor mismo en el que Dios mora.

*Homilias sobre la primera epístola
de san Juan V, 7*

Una vida feliz es por tanto el bien común que todos ambicionan; pero por qué medios se puede alcanzar, qué camino hay que tomar para llegar a ella, en esto ya no todos están de acuerdo. Así pues, si buscamos la felicidad en la tierra, no sé si podremos encontrarla, no porque lo que buscamos sea malo, sino porque no buscamos el bien allí donde se encuentra.

Uno dirá: “Felices aquellos que siguen la carrera militar”; otro pensará por el contrario: “Felices quienes cultivan el campo.” “Os equivocáis, dice éste, felices aquellos que destacan en la abogacía por su elocuencia, y que defienden los intereses de sus conciudadanos y cuya palabra se erige en árbitro de la vida y de la muerte de los hombres.” “No, responde aquél, felices más bien quienes juzgan y tienen autoridad para escuchar los debates y pronunciar la sentencia.” Y otro replicará: “Estáis todos equivocados, feliz quienes surcan los mares pues ven mucho mundo y obtienen ganancias considerables.” ¿Cómo es posible que de tantos estados de la vida no haya uno solo que sea del agrado de todos estando todos de acuerdo en anhelar una vida feliz?

Sermón 306, 3



La Encarnación, obra maestra de la gracia

La cristología de Agustín está contenida en este axioma: “El Cristo Dios es la patria hacia la que caminamos, el Cristo hombre es la senda por la que transitamos. Vamos hacia Él a través de Él.” (Sermón 124, 3, 3). Los platónicos rechazan la Encarnación.

Pero [los filósofos] os negáis a admitir la Encarnación del Hijo inmutable de Dios por la que hemos sido salvados y que nos permite alcanzar aquello en lo que creemos o lo que entendemos, por poco que sea. Así vislumbráis en cierto modo, pero en la lejanía y con la vista nublada, la patria en la que hemos de morar; y sin embargo desconocéis el camino que hay que seguir [...]

¡Oh! ¡Si hubieses conocido la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor! ¡Si hubieses podido ver en la Encarnación, por la que tomó un alma y un cuerpo de hombre, la mayor obra maestra de la gracia! Ya sé que es inútil que yo hable a un muerto [Porfirio], [...]. Pero para ser capaz de aceptar esta verdad, necesitabais la humildad, y es muy difícil que esta virtud tenga cabida en cabezas como las vuestras [...].

¿Porqué, en nombre de estas opiniones, rechazáis ser cristianos, si no es porque Cristo vino humildemente y que vosotros sois orgullosos? ¿Acaso os avergonzaríais de que se os corrigiese? Ése es precisamente el vicio de los orgullosos. Es vergonzoso, sin duda, para los sabios abandonar la escuela de Platón para hacerse discípulos de Cristo, quien, por su Espíritu, enseñó a un pecador a decir sabiamente: “En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios.” Éste es el principio del santo evangelio que llamamos de san Juan, del que un platónico decía, como se lo hemos oído contar a

De hecho, conocemos a muchos de quienes podemos afirmar que manifestaban el deseo de ser católicos, sacudidos por la cegadora evidencia de la verdad, pero que, temiendo una violenta reacción por parte de los suyos, aplazaban cada día esta decisión. ¡Cuántos de entre vosotros estaban retenidos, no por la verdad, que nunca fue vuestro fuerte, sino por las pesadas cadenas de costumbres arraigadas desde antiguo! [...] ¡Cuántos pensaban que el partido de Donato era la verdadera Iglesia por la simple razón que al encontrarse seguros en su interior habían perdido la fuerza, el gusto y el ardor para indagar la verdad católica!

¡Cuántos se encontraban con el acceso bloqueado por rumores malintencionados que nos acusaban de colocar no sé qué cosas aberrantes sobre el altar del Señor! Y considerando que siendo cristiano, lo mismo daba serlo en un partido o en el otro, cuántos permanecían en el de Donato simplemente porque habían nacido en ese ambiente y nadie les forzaba a pasarse al catolicismo.

Carta 93 a Vincentio,

La perla del amor

Agustín se convierte en el adalid del amor, signo distintivo del cristiano. “Que verifique si actúa con caridad y entonces se diga:”He nacido de Dios.” Pero si no es así, posee el carácter del sacramento que ha recibido, pero no por eso deja de ser un desertor” (V,6).

Si [en esta epístola] Juan parece decir tal o cual cosa, siempre vuelve al amor y todo cuanto dice se refiere a él[...].

Convencer o coaccionar

En su combate contra el cisma donatista, Agustín manifiesta una clara preferencia por la discusión teológica, pero ante la violencia que el partido de Donato esgrimía, optó por la coacción, aunque esta actitud le hiciese sentirse a disgusto.

Este temor, dice, que tanto te disgusta, ha servido para llevar al catolicismo [a multitud de ciudades] por medio de leyes promulgadas por los emperadores desde los tiempos de Constantino [...] hasta los emperadores actuales que piensan estar obligados, en toda justicia, a mantener en vuestra contra el juicio de aquél que vuestros antepasados prefirieron a los obispos. Son pues estos ejemplos, que mis colegas han puesto ante mis ojos, los que me han hecho cambiar de postura. Efectivamente, en un principio, mi postura se resumía así: nadie debía unirse a Cristo por presiones; debíamos actuar por medio de la palabra, rebatir con la confrontación dialéctica, vencer con los razonamientos.. Si fuera de otro modo, yo temía que tuviésemos como falsos católicos a quienes habíamos conocido como herejes manifiestos.

Pero esta opinión, que era la mía, tenía que ceder, no ante las palabras, sino ante los ejemplos. De entrada, me planteaban el caso de mi propia ciudad que en otro tiempo perteneció totalmente al partido donatista y se convirtió a la unidad católica por temor a las leyes imperiales [...] Y lo mismo ocurrió con otras muchas ciudades cuyos nombres pusieron ante mí. Dadas las circunstancias me vi obligado a reconocer que también en estos asuntos podía comprenderse la veracidad de esta frase de la Escritura: “*Da al sabio la oportunidad y se hará más sabio todavía*” (Proverbios 9, 9).

menudo al santo anciano Simpliciano que posteriormente fue elevado a la sede episcopal de Milán, que habría que escribirlo en letras de oro y colocarlo en el lugar más visible de todas las iglesias.

Para los orgullosos, Dios, el Doctor por excelencia, no tiene crédito alguno desde el momento en que “*el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.*” No les basta a estos desventurados con estar enfermos, además tienen que vanagloriarse de su enfermedad y se avergüenzan de los remedios que podrían sanarlos. Con esta conducta no podrán levantarse, sino que su caída agrava más aún su mal.

La Ciudad de Dios X, 29



Toda la Escritura habla de Cristo

Un diácono de Cartago, desanimado por el poco interés que despierta su catequesis, se dirige a Agustín quien le aconseja en primer lugar sobre temas pedagógicos. ¿En cuanto a los contenidos que debe transmitir le dice que hable de Cristo y enseñe el amor!

Así pues, Cristo vino, ante todo, para que el hombre supiese hasta qué punto Dios le ama, y lo supiese a fin de que ardiese de amor por aquél que primero le amó y para que amase a su prójimo, siguiendo el mandato y el ejemplo de quien se hizo prójimo del hombre cuando éste aún no lo era, sino que al contrario, andaba errante lejos de él; Y toda la Escritura divina anterior, se escribió para anunciar la llegada del Señor; y todo cuanto se plasmó después por escrito y fue confirmado por la autoridad divina habla de Cristo y enseña el amor. Queda por tanto patente que estos dos mandamientos de amor a Dios y al prójimo son el compendio, no solamente de la Ley y de los Profetas –única Escritura santa existente cuando el Señor nos dio estos mandamientos-, sino también de todos los Escritos divinos posteriores que se redactaron para nuestra salvación y fueron confiados a la posteridad.

Por este motivo en el Antiguo Testamento se oculta el Nuevo, y en el Nuevo Testamento se manifiesta el Antiguo. Los hombres carnales, que todo lo comprenden de manera carnal, estuvieron y siguen aún bajo el yugo del temor al castigo porque no supieron descubrir lo que estaba oculto; mientras que al contrario, y gracias a esta manifestación, los hombres espirituales, aquellos que en otro tiempo llamaron a la puerta con fervor y vieron cómo se les revelaban hasta los misterios más escondidos, y aquellos que ahora buscan sin orgullo, para que no les sean arrebatados incluso los misterios revelados, puesto que comprenden de manera espiritual, han sido liberados por el don de la caridad.

puesto que está honrando a tu cabeza. Pero la cabeza gritaría más fuerte para defender a sus miembros aplastados que para agradecer el afecto que se le dispensa. Lo que la cabeza está gritando es: “*!No quiero tus demostraciones de cortesía! ¡Deja de aplastarme los pies!*” Entonces tú le dices, si es que puedes: “*¿Cómo? ¿Te he aplastado los pies?*” Vete a decirle a la cabeza: “*He querido besarte, deseaba abrazarte.*” *¡Pero no ves, insensato, que la cabeza que quieres abrazar está íntimamente unida con la parte del cuerpo que estás aplastando! ¡Me honras por arriba y me aplastas por abajo!*”

Homilias sobre la primera epístola de san Juan,



Amar a Cristo, Cabeza y Cuerpo

Lo que está en juego en el conflicto con los donatistas, separados de la Iglesia, es la salvación. Puesto que “la Cabeza y el Cuerpo forman un todo”, hasta tal punto que separarse del Cuerpo de Cristo es separarse de la Cabeza. Consecuencia: “¡Fuera de la Iglesia católica, se puede tener todo, menos la salvación!”

¡Por lo tanto, apresurémonos, hermanos! Apresurémonos y amemos a Cristo. ¿Qué Cristo? Jesucristo. ¿Y quién es? El Verbo de Dios. ¿Y cómo se ha acercado a unos enfermos? El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros [...]. ¿Dónde yace su cuerpo? ¿Dónde sufren sus miembros? ¿Dónde has de estar para considerarte bajo la dependencia de la cabeza? [...]. Cristo y el salmo, es decir el espíritu de Dios, dicen lo siguiente: “¡*Qué inmenso es tu mandato!*” (Salmo 118, 96). ¡Hay alguien que sea capaz de trazar los límites de la caridad en África! Si quieres amar a Cristo, cuyos miembros se encuentran por doquier, extiende la caridad por todo el mundo.

Si sólo amas una parte, estás separado; si estás separado, no perteneces al cuerpo; si no perteneces al cuerpo, no estás bajo la dependencia de la cabeza. ¡Qué más da que tengas la fe, si al mismo tiempo ofendes! ¡Adoras a Cristo en su cabeza y le ofendes en su cuerpo! Él ama su propio cuerpo. Si tú te has separado de ese cuerpo, no por eso la cabeza se ha separado del cuerpo. ¡Me honras en vano, te grita la cabeza desde arriba, me honras en vano!

¡Es como si alguien quisiera besarte el rostro y te aplastase los pies! Quizá el hombre te aplastaría los pies con su calzado de clavos queriendo coger tu cabeza entre sus manos para besarte. Mientras él te hace estos cumplidos, acaso tú no gritarías: “¿*Qué haces, hombre?*” ¡*Me estás aplastando los pies!* No le dirías: “*¡Me aplastas la cabeza!*”

Y porque no hay nada más opuesto a la caridad que la envidia, y que la envidia tiene como padre al orgullo, el mismo Señor Jesucristo, Dios y hombre, es a la vez símbolo del amor divino hacia nosotros y ejemplo de humildad humana entre nosotros, a fin de que nuestra obstinada suficiencia sea curada por un antídoto mucho más fuerte; puesto que un hombre orgulloso no encierra más que miseria, pero un Dios humilde es todo misericordia.

Que este amor sea el objetivo hacia el que orientas tus palabras; y cualquier cosa que dijeres, dila de manera que quien te escuche crea, creyendo espere, y esperando ame.

La Primera Catequesis 4, 8



Cristo en los salmos

Desde el momento de su conversión, Agustín se entusiasmó con el canto de los salmos. "¡Qué exclamaciones las mías con aquellos salmos que me inflamaban de ti!" (Confesiones IX, 4, 8). Recita y comenta estos salmos íntegramente, siguiendo un principio que sirve para toda la Escritura: "El Nuevo Testamento permanece escondido en el Antiguo, y el Antiguo es desvelado en el Nuevo."

Cristo es la clave secreta para comprenderlos.

Si queremos que todo tenga sentido, Cristo debe ser nuestra referencia. No nos separemos de la piedra angular, no sea que nuestra inteligencia se desmorone. Que todo lo que es inestable se consolide en Él. Que ante nuestras dudas, encontremos en Él seguridad. Cuando las santas Escrituras nos planteen dudas, no nos alejemos de Cristo, y si le descubrimos en estas lecturas, tenemos que estar seguros de haberlas comprendido bien, y no estemos seguros de haberlas entendido bien si en ellas no encontramos a Cristo, "que es el fin de la ley para justificación de todo el que cree" (Romanos, 10, 4) (en Salmo 96, 2)

Que vuestra caridad esté atenta. Éste es uno de los puntos más importantes que hemos de estudiar, no solamente para comprender nuestro salmo, sino que siguiendo esta regla comprenderéis otros muchos. A veces, un salmo, y no exclusivamente un salmo sino también cualquier profecía, habla de Cristo únicamente como cabeza, y a veces pasa de la cabeza al cuerpo o a la Iglesia, sin que parezca haber cambiado de persona; porque la cabeza no se separa del cuerpo y en estos textos siempre se habla de Él como de un solo hombre... Así pues, veis que hay palabras [*en el salmo*] que hablan de la cabeza y otras que hablan del cuerpo. (en Salmo 90 2, 1).

El mayor don que Dios podía hacer a los hombres era darles como cabeza a su Verbo, por quien creó todas las cosas, y unirlos a Él como sus miembros, para que fuese a la vez Hijo de Dios e hijo del hombre, un solo Dios con el Padre, un solo hombre con los hombres; para que, al dirigir nuestras oraciones a Dios, no quede apartado el Hijo, y que el cuerpo del Hijo, cuando presenta sus oraciones, no esté separado de su cabeza. De este modo Nuestro Señor Jesucristo, único Salvador de su cuerpo místico, ruega por nosotros y ora en nosotros, a la vez que recibe nuestras oraciones. Ruega por nosotros como nuestro sacerdote, ora en nosotros porque es nuestra cabeza, recibe nuestras oraciones como nuestro Dios. Reconozcamos, por lo tanto, que nosotros hablamos en Él y que Él habla en nosotros. (en Salmo 85, 1).

Discurso sobre los salmos

